

Quiero un hijo tuyo

Adrián Navarro



Image not found.

Capítulo 1

Llevaba allí unos diez minutos cuando ella apareció; no me importó, dicen que lo bueno se hace esperar. Vestía un ceñido jersey rojo que se ajustaba a su silueta, dibujándola perfectamente al contraluz de la puerta. Dejé mi cerveza a un lado y me puse en pie para saludarla.

Dos besos.

—Hola, Ana —dije.

—Hola —respondió con esa voz suya, dulce y agradable. Un piano afinado.

Recogió su melena ondulada con un coletero morado, tomó asiento frente a mí y pidió lo mismo que yo estaba tomando.

—¿Qué era eso tan importante que querías decirme? —pregunté.

Un joven camarero dejó una cerveza y un vaso frente a Ana.

—Se trata de un tema delicado. Muy delicado —dijo, sacando un paquete de tabaco del bolso—. ¿Quieres? —ofreció, no lo rechacé.

—Si se trata de dinero no hay problema, mis obras se están vendiendo muy bien.

—Tranquilo, Miguel, no es eso.

—¿Entonces?

Llenó la mitad del vaso de cerveza y miró en derredor. Quizás comprobando que sí, que el local escogido era lo suficientemente oscuro y se hallaba lo suficientemente vacío como para confesar un sórdido secreto. Bebió un sorbo y acarició sus labios con la punta de la lengua. A continuación dijo:

—Verás, tengo treinta y nueve años (ya lo sabes), no tengo pareja y por el momento prefiero no tenerla.

—Entonces mejor no hacerme ilusiones, ¿verdad? —bromeé.

—No, mejor no —respondió sonriendo. Dio un trago y añadió—. Se me pasa el arroz.

—¿Cómo? ¿A qué te refieres?

—Somos mayorcitos como para tener que andarnos con rodeos, hablemos claro, ¿te parece?

—Eh... sí, claro.

Tamborileó con sus dedos sobre la mesa y disparó. Literalmente.

—Quiero un hijo, Miguel —dijo—. Soy más inteligente que la mayoría de gente que me rodea. Tanto tú como yo sabemos que posiblemente sea la persona más lista de este bar, y es algo que hasta el día de hoy me ha proporcionado estabilidad emocional. He sido feliz toda mi vida entre notas altas, buenas novelas, un trabajo en la universidad y mis discos de Janis Joplin y Ray Charles. Nunca se me ha pasado por la cabeza lo de tener un bebé. Es una responsabilidad grandísima de la cual hasta ahora no he querido hacerme cargo. Pero las cosas cambian, todo cambia. La vida es una rueda en constante movimiento, lo que ayer era banal hoy es fundamental, y siento que necesito un hijo. Sé que lo necesito.

Una vez atravesado por ese proyectil de palabras dije:

—Vale, bien, ¿pero todo eso dónde me sitúa a mí?

—Miguel, quiero un hijo tuyo.

Bebía en ese momento el último trago de mi cerveza y casi me atraganto. Necesité toser y unos golpecitos en el pecho para recomponerme. Aquel segundo disparo había sido casi mortal.

—¿Cómo? ¿Mío? ¿Por qué mío?

—Y, por supuesto, no quiero que te sientas responsable de la criatura ni nada por el estilo.

Aquella conversación no tenía sentido.

—Tan sólo quiero unos espermatozoides, nada más. No busco un padre... y me harías un gran favor.

Ningún sentido.

—¿Y por qué mío, Ana?

—Creo que serías el complemento perfecto a mi aporte.

—¿Puedes hablar claro? —Se consumió mi cigarro y encendí uno de los míos; necesitaba que el humo corriera por mi garganta, deslizándose

denso y mortal por la autopista a mis pulmones.

—Imagina a un mocoso con mi inteligencia y tu creatividad —dijo—. Con tu sensibilidad y mi razonamiento.

—El tener mis genes no garantiza al bebé ser creativo o extremadamente inteligente en tu caso —expuse.

—Lo sé, pero lo llevaría en su interior, siempre estaría ahí, como una bestia que descansa.

—Ana, mi hermano, por ejemplo, es menos creativo que una piedra, es lo más insensible que jamás he conocido, es bruto e insolente. Considero que deberías meditarlo más a fondo.

—Lo llevo meditando mucho tiempo, Miguel, te he escogido a ti por tus habilidades. Prefiero tener un hijo con genes de un buen artista que uno con genes de albañil, por ejemplo. No quisiera tener que acudir a un jodido banco de esperma.

—No sé, debería pensarlo.

¿Empezaba a hacer más calor allí o era sólo mi sensación? Porque el cuello de la camisa de repente me apretaba demasiado, tanto que tuve que desabrochar un par de botones.

—No tendrías ni que donar el esperma.

Definitivamente el calor era real. Sentí que me azoraba desde el cuello hacia arriba. Las orejas me ardían y las yemas de los dedos sudaban. Para colmo Ana posó su mano sobre la mía y me miró directamente a los ojos. Seria. Clavando su mirada de ojos color miel en mí.

—¿Cómo dices? —pregunté.

—Te dejo que me lo hagas directamente.

La oferta me empezaba a resultar muy atractiva.

—¡Oh, vamos, Miguel, sé que te atraigo!

—Te equivocas. —En parte tenía razón, como siempre.

Se levantó de la silla y se incorporó sobre la mesa, rozando la superficie de madera con su vientre. Acercó sus labios a mí y casi susurró:

—Dejo que me folles, Miguel, a cambio tú me das un hijo. Ése es el trato.

Los dos salimos ganando.

Me besó y se marchó.

Más que un beso he de decir que apenas se encontraron nuestros labios. Fue un contacto efímero cargado de simbolismo. ¿Lo tomas o lo dejas? La duda quedó abierta.

Pagué y me fui a casa.

La noche siguiente apenas dormí. Las imágenes, como instantáneas de Polaroid sumergidas en un charco, atravesaban mi mente mientras permanecía tumbado boca arriba con las sábanas bien sujetas. Podía ver a Ana, feliz, recogiendo su melena en una cola. Veía bebés. Me veía a mí. Los dos salimos ganando.

Os hablaré un poco sobre la historia que rodea a Ana María y Miguel Ángel.

Nos conocimos en una galería de arte donde yo exponía. Se presentó como una enamorada de mis obras, le encantaba mi estilo melancólico al borde de la autodestrucción, o eso dijo. Yo tenía unos treinta y tres años, por lo tanto ella tenía treinta y cinco. Hicimos buenas migas desde el principio y comenzamos a salir con frecuencia. Yo me enamoré. Aquello no entraba en mis planes. Pronto mis obras comenzaron a tomar ciertos matices muy poco beneficiosos para las ventas: el amor no estaba de moda. Y no tardé en sumirme en una extraña depresión. Ana conocía mis sentimientos hacia ella, lo sé, lo intuía, curiosamente nunca hablamos de ello. Ella jamás mostró el mínimo interés por mí como amante, yo jamás hice algo por captar su atención. Y caí de pleno. Fue curioso, cuanto más cerca estaba de ella peor me sentía, pero solo cuando ella estaba a mi lado, mi ansiedad se calmaba. Creo en el fondo eso me gustaba.

Melancólico y al borde de la autodestrucción.

Me costó lo indecible vencer en mi lucha interior por verla tan solo como la amiga que en realidad era, pero lo conseguí. Me reinventé como artista y volví a la cima.

Estaba en la cresta de la ola. Aquel doloroso sentimiento hacia Ana era tan solo un borrón en mi historial, un cartel que dejas atrás por la autovía a toda velocidad. Y ahora aparecía ofreciéndome su cuerpo la muy zorra. Volvió a remover mis sentimientos. Abrió el féretro del muerto que descansa, apestando toda la sala. Dentro de mí se volvía a librar una

batalla a vida o muerte de sobras conocida.

Y seguro que adivináis lo que pasó a continuación.

Marqué su número; tres tonos y descolgó.

—¡Hola, Miguel! ¿Qué pasa?

—Ana, lo he estado pensando y lo voy a hacer.

—¿En serio? —Hasta mí, a través del auricular, llegó nítida la felicidad de su voz.

—Sí, tendrás un hijo listo y creativo.

—No sabes cuánto te lo agradezco. Me gustaría que te pasaras por casa mañana, es el día idóneo.

—Perfecto, allí estaré.

—Ven sobre las nueve, te invito a cenar.

La decisión estaba tomada: Ana tendría un hijo mío. Yo no quería a esa criatura, no la educaría, renunciaría totalmente a ella: a su manutención y patria potestad (en este caso era lícito). A cambio haría feliz a mi mejor amiga, y saborearía el placer del sexo con ella. Los dos saldríamos ganando. Era lo justo. Era lo que yo quería. ¿Verdad?

¿Verdad?

—He traído vino —dije cuando abrió la puerta de su piso—, obsequio de un mecenas.

—¡Vaya! —exclamó con una sonrisa—. Lo descorcharemos antes de la cena, pasa.

Iba preciosa, lucía un delicado vestido negro que apenas acariciaba su piel y unos zapatos de tacón fino. ¡Qué tía!, conocía mis fetiches. Tuvo en cuenta cada detalle: uñas y labios pintados de rojo, el pelo liso, la sombra de ojos. Lo tenía todo estudiado, no me cabe duda, incluido el cruce de

piernas al sentarnos.

Había preparado la escena erótica de mis fantasías.

—Por ti, y por el gesto tan maravilloso que estás a punto de realizar
—dijo, alzando su copa de vino. Yo sonreí y brindé con ella. Bebimos.

—¿Nervioso? —preguntó.

—No —respondí, y era cierto.

—¿Te gusta mi vestido? —Preguntó poniéndose en pie y dando un giro sobre sí misma. Resultaba maravillosa la gracilidad con la que la tela se ceñía a su cintura y me invitaba a soñar.

—Me encanta —respondí.

—Me he vestido para ti.

—Estás preciosa.

No sabría decir con certeza cuál fue la frontera que cruzamos, pues el vino todavía no había hecho efecto. Diría que a partir del me encanta la cosa comenzó a caldearse.

Se acercó; yo permanecí sentado. Ella, como en un tango, copa en mano, alzó con maestría su pierna derecha y se postró sutilmente sobre mí, abrazando mis piernas entre sus muslos. Dio otro trago y me entregó la copa. Bebí y la dejé con cierta dificultad sobre la mesa. La miré a los ojos. Pude ver algo que no sería capaz de describir en el brillo de aquel color miel, algo que me hizo estremecer un poco, quizás una parte de mí seguía sin ver muy claro todo aquello, una parte muy pequeña que cambió de idea cuando los labios de Ana se encontraron con los míos. Nos fundimos en un beso, dulce por el sabor del vino. Recorrí con mis manos la vertiginosa curva que describía su espalda y bajé la cremallera del vestido a la vez. Acaricié sus muslos y ella arqueó su cuerpo. ¡Dios! Estaba viviendo el mejor momento de mi vida. De fondo un lento blues marcaba el ritmo y me indicaba con cuán sutileza debía tratar a la mujer que en ese preciso instante tenía en mis brazos. Mi musa. Y al final, cual fracasado que soy, no pude follarla, sino que le hice el amor delicadamente.

En el preciso instante en el que salí de su casa supe que había metido la pata hasta el fondo.

De nuevo me vi sumido en una profunda depresión. Volví a revivir aquella dulce pesadilla que me aferraba con un empalagoso abrazo. Los fantasmas del pasado volvían a asomar por la rendija entreabierto de la puerta de mi habitación. Mi amor por ella jamás cesó, ¿a quién trataba de engañar? Y ahora había probado la fruta prohibida, ofrecida por una vil serpiente en bandeja de plata. Ella tendría un hijo con mis genes y yo tendría el recuerdo de una noche inolvidable sumado a un trastorno psicológico que me perseguiría para siempre. Hasta que me cortase las venas o me pegase un tiro.

Fueron muchas las noches de meditación, las noches de alcohol y vista perdida en el cielo, de pintar mierda sobre un lienzo blanco y de pelarme los nudillos cual boxeador sin futuro peleando contra la pared. Fueron muchos los días de resaca en los que no era más que un cuerpo vacío, un contenedor humano que en otro tiempo albergó alma. Y disculpad el dramatismo, pero es así.

Cuatro o cinco meses después la respuesta apareció ante mí, fue como un flash, algo instantáneo, igual que la inspiración.

Cogería lo justo y necesario y emigraría lejos de allí, lejos de ella y de su recuerdo. No merecía ver crecer a una criatura de la que sentiría celos.

Pero primero hablaría con Ana. Quedaría con ella, le expondría mis sentimientos y motivos de mi partida y conseguiría que me odiase para siempre. Así sería todo un poquito más fácil.

Curiosamente no fui yo quien quedó con ella; ella quedó conmigo. Me llamó al móvil.

—Miguel. —Lloraba.

Sin entender muy bien qué esperar, desubicado, pregunté:

—¿Qué sucede?

Y sin dar rodeos, fiel a su estilo, disparó:

—He perdido al bebé.

He de aclarar que era una niña. No dudo en que habría sido una niña preciosa, inteligente y con un enorme potencial artístico. Sé que habría sido el retoño perfecto que Ana anhelaba, pero el destino así no lo quiso.

—¿Cómo dices? ¿Cuándo ha sido? Tengo que verte ahora.

—Estoy en casa. Yo... joder, ¿puedes venir?

El auricular atrajo hacia mí el sonido entrecortado de un llanto repentino.

—Claro, voy para allá.

Al llegar a su apartamento una mujer pálida de enormes ojeras me recibió. El espectro de la mujer de mis sueños. La frágil y desdichada Ana María.

—Fue anoche —articuló entre sollozos.

—¿Cómo ocurrió?

Rompió a llorar y corrió a estrecharse entre mis brazos.

—No puedo creerlo.

—Tranquila. —La conduje hasta el salón, nos sentamos en el sofá, tomé su mano y conseguí que se calmara un poco—. Cuéntame.

—Ayer por la tarde sentí un dolor terrible. —Acarició su vientre... plano—. ¡Dolía mucho, Miguel!

—¿Fuiste al hospital?

—Sí, sin dudarlo.

—¿Y qué pasó?

—Me hicieron un reconocimiento y me llevaron a una habitación donde me dejaron sola. Yo no sabía qué estaba pasando, pero aquello no era normal. Algo iba mal. Entonces el dolor se intensificó y... —No pudo terminar la frase. Las palabras se quebraron al salir de su garganta.

—¿Qué pasó? —Insistí.

—La niña salió. Salió de mí... ¡Muerta!

—¿Cómo? ¿Así sin más?

—Sí —apenas pudo murmurar eso último, se echó a mis brazos y lloró sobre mi hombro.

Imaginé la escena. Realmente me resultaba grotesco y triste. Pude evocar nítidamente la imagen: ella, tumbada en la cama de un hospital anónimo

donde la iluminación es muy intensa (siempre es muy intensa), abortando involuntariamente.

De repente tuve la mejor idea de mi vida, supe que era el momento de sincerarme del todo.

—Ana. —La agarré fuerte por los hombros y la hice mirar mis ojos. Aunque reacia, lo hizo. Suspiré al ver el dolor grabado en su mirada húmeda y me odié de antemano por lo que estaba a punto de suceder.

—¿Qué?

—Soy una persona egoísta que vela solo por sus intereses. Cuando algo no sale como me gustaría me desestabilizo, y lo sabes. Me hundo. Prácticamente desde que te conozco estoy enamorado de ti, y me duele el no poder tenerte (aunque creo que eso también lo sabías). Lo del embarazo fue un error, fue una jugada sucia por tu parte, sabías que accedería a tu petición porque te deseo, Ana, te quiero. Durante todos estos meses te he visto feliz, gestando a una criatura a la cual yo había escogido no querer y te he odiado, y también a mí, y a todo lo que ocurrió. Hace días que he tomado una decisión: me marchó de aquí, para siempre, y me voy bien lejos.

»Resulta cómico, uno de tus argumentos para convencerme fue decir que los dos tendríamos lo que queríamos. Ahora ninguno de los dos tenemos nada. ¿Justicia poética? Tal vez. Por cierto, en parte me alegro de que no nazca el bebé, no quiero que nazca el fruto de... esto. Creo que eso me convierte en una mala persona, pero francamente me da igual.

Me puse en pie y la miré a la cara. Pude ver nuevamente aquel brillo en sus ojos color miel. En una ocasión me había sido imposible discernir lo que ese brillo reflejaba, ahora lo sabía. Reflejaba el fracaso, siempre había sido el fracaso, desde el principio todo esto estaba condenado al fracaso y no supe verlo venir.

Partí.

No he vuelto desde entonces y tampoco pienso hacerlo.

A veces deseo que su reacción no hubiese sido la de quedarse sentada en el sofá como una estúpida, mirándome con ojos de cachorro. Casi habría sido lícito que me hubiera degollado, poniendo fin a todo en una deliciosa orgía de sangre y dolor.